



Entrada en Jerusalén. Giotto di Bondone.

Una habitación con vistas al Misterio

Un libro sobre Zaqueo, el publicano

Zaqueo representa al hombre satisfecho, el que se ha propuesto metas y las ha alcanzado. No le ha sido fácil a nuestro amigo llegar hasta donde sus sueños le han impulsado; lo ha conseguido, es todo un personaje en Jericó. Envuelto, quizá habría que decir mejor, amordazado por el aura de su triunfo personal, tal vez empieza ya a tomar conciencia de que la meta alcanzada se está convirtiendo en una especie de lazo asfixiante. El estatus conseguido con tanto esfuerzo va poco a poco tomando forma de una figura entre burlona y grotesca que le indica el fin del recorrido de sus sueños de grandeza. Puede incluso llegar a pensar que sus impulsos más íntimos, aquellos que un día espolearon todo su ser hacia la meta soñada, se baten, a esta altura de su vida, en retirada ante la aceptación sumisa de lo que ya entrevé como punto final de todo lo que quiso ver.

Zaqueo es un hombre –repito– satisfecho. Le acompaña el éxito que no es fruto del azar, sino de una vida dedicada a alcanzar un objetivo que, como ya hemos dicho, ha tenido un feliz resultado. Lucas nos dice que el jefe de publicanos de Jericó. Estos eran los que recaudaban los impuestos. Es evidente que su posición es envidiable al menos bajo el punto de vista socioeconómico. Por supuesto que no tenemos nada que objetar a Zaqueo ni a todos aquellos que, con no pocos esfuerzos, han coronado una realización personal, sea esta cual fuere.

El problema es que toda meta que suponga un límite existencial pasa factura. Todo hombre lleva en su interior la imperiosa necesidad de crecer –ser creado– ininterrumpidamente. Cuando esta novedad de estar en continuo e ininterrumpido crecimiento queda bloqueada, aparecen grietas en esa nuestra realización personal que creíamos coronada. Esto nos recuerda la imagen de una presa que almacena más agua de la que contiene, por lo que termina por quebrarse. (...) En este ir y venir de ideas, pensamientos, interrogantes, tantas veces apartados mas nunca resueltos, llega a sus oídos una noticia que le levanta el ánimo: Jesús de Nazaret, el Mesías esperado por Israel, el Libertador anunciado por los profetas, está entrando en la ciudad.

Esta noticia buena donde las haya se desliza suavemente por sus interioridades buscándose un lugar en su inquieto corazón. Zaqueo no la rechaza, ya es consciente de las grietas que poco a poco van tomando cuerpo en su castillo, el de sus haberes. Consciente de que es una buena noticia, la acaricia, la envuelve con las telas de su alma hasta convertirla en intuición. Hay intuiciones e intuiciones. Esta que está emergiendo desde sus entrañas está llamada a ser, al menos así lo intuye él, la gran Intuición. La intuición de todas las intuiciones que viene acompañada de una pregunta, esa que todos oyen, mas no todos se atreven a plantearse: ¿Es que no hay nada más allá de mí, de mi hacer y tener? Pregunta, insisto, nada fácil de hacerse ya que lleva implícita la aceptación de la propia idolatría, que consiste en haber llamado a Dios, en realidad dios, a la obra de nuestras manos, como tantas veces hizo el pueblo santo de Israel. (...)

Podemos imaginarnos el combate que se libra en el alma y corazón de Zaqueo antes la proximidad del Hijo de Dios. Quizá en un primer momento intentó no dar mucho importancia a lo que estaba pasando. Normal, no va a cuestionarse acerca de la idoneidad de su pequeño reino tan arduamente levantado. Por otra parte, muy probablemente tiene ya la percepción de que está asentado sobre una base de barro (*Dan 2, 31-35*).

Así las cosas, Dios viene en su ayuda por medio de su Palabra. (...)

“Tu gracia vale más que la vida”. Zaqueo oye como a lo lejos el resonar de estas palabras. El satisfecho, el triunfador, el perfectamente situado y establecido, se remueve en su asiento. No demos por sentado que se rinde así, sin más, ante estas palabras que saben a Dios. Sin embargo, algo se movió dentro de él vistos los acontecimientos posteriores; es como si algo del aire fresco se fuera abriendo paso en su ya aburrida existencia. Estamos hablando de algo más que un deseo. Estamos hablando de una esperanza que se va concretizando, esperanza que toma la forma de hipótesis. (...)

De todas formas, esta vida que nace de Dios está por ver. Sin embargo, quizá por primera vez nuestro buen amigo se encuentra ante una encrucijada: vivir escaso o vivir en abundancia. (...) Es cierto que eso de que “tu gracia vale más que la vida” no es que más una promesa; sin embargo es una promesa que ha tomado un cuerpo humano y que tiene un nombre: Jesús de Nazaret. (...)

Nuestro hombre es consciente de que está ante una ocasión que posiblemente sea única. Podría haber otras en un futuro cercano, pero algo le dice que esta es especial, y más que especial: es la suya. Intuye -volvemos a la intuición- que el personaje que está dirigiéndose a la calzada que atraviesa la ciudad es más que un profeta; que bien puede ser el Enviado del Padre, cuya palabra tiene fuerza para llegar a ese punto de su alma donde la desazón y el dolor se han hecho fuertes, resistentes a toda medicina. (...)

No das más vueltas, su hambre de vivir le hace levantarse de su asiento. Deja atrás su despacho, sus cuentas, los pagarés a su favor, y sale como un loco al encuentro del Señor Jesús. Se va acercando con la respiración entrecortada y... ¡problemas! Más que problemas, problemón. La calzada está a rebosar, ha sido tomada por una multitud que se le ha adelanta-



Entrada en Jerusalén (detalle). Giotto di Bondone.

do. El problema cobre dimensiones casi inasumibles, ya que como nos dice Lucas, Zaqueo es de estatura más bien pequeña.

No contaba con esto. Parece que no le cabe otra alternativa que verle de lejos, muy de lejos, o volverse a su casa. La verdad es que el amor no solo es ingenioso sino que puede con todo. El jefe de publicanos se abre a una posibilidad real, que es la de subirse a uno de los árboles que franquean la calle. La solución es válida pero no tan fácil de acoger. Él, un hombre público, socialmente poderoso, no puede exponerse a la burla de la gente al verle encaramado a un árbol como un chiquillo más. (...)

Zaqueo, el hombre previsor y metódico, el perfectamente moldeado, rompe sus moldes. (...) Este hombre al que no le falta nada es lo suficientemente sabio para sopesar su vida y comprender que le falta el todo: su encuentro con Dios. Sopesa sus realidades y decide que quiere vivir. Intuye que la vida que busca está en manos de aquel a quien siente ya cercano. En su sabiduría, quizá la primera vez que fue realmente sabio de verdad, sube a un árbol para poder fijar sus ojos en el Hijo de Dios esperando acontecimientos.

Hubo acontecimientos, ¡vaya que si los hubo!, el acontecimiento definitivo, el de su encuentro con Dios. Entraremos en todo ello a lo largo del libro. Solo quiero añadir que nuestro amigo nos enseña que al subir al árbol de su cruz, encontró un lugar, una habitación con vistas al Misterio, a Dios. (...)

Antonio Pavía

Prólogo al libro *Un publicano llamado Zaqueo*
Editorial San Pablo